

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 63 AÑO 2007

TEMA 5: WAGNERIANISMO

TÍTULO: **HEINZ TIETJEN**

AUTOR: *Wilhelm Limpert Verlag*

En aquella mañana en la que se hizo una visita a la casa del Intendente General de los Staatstheater Prusianos, para mantener con él una hora de conversación privada, se le encontró ante una gran jaula en la cual saltaban de aquí para allá una docena de canarios, que afilaban sus picos en las rejas, piando alegremente, devorando semillas o probando su delicada voz. Heinz Tietjen miraba sonriente el infatigable movimiento de los emplumados cantores y señalándolos orgulloso dijo. “Mis pequeños amigos ...”

Entonces el Intendente General abrió la gran pajarera y la numerosa bandada salió volando, llenando la habitación de una agitada algarabía. Sin la más mínima vergüenza los osados compañeros buscaron, según su capricho, algún pequeño lugar para posarse: el borde de la bandeja de la mantequilla, el ramaje de una planta de adorno, el respaldo de una silla, o el hombro de su gran amigo. Picotearon las migas de pan de la mesa del desayuno, lanzaron la curiosa mirada de sus pequeños ojos a la jarra de leche y protestaron con viveza cuando debieron regresar a su morada ...

El Intendente General se dirigió a la ventana y contemplando las copas de los árboles empezó a contar cosas sobre si mismo. Aparecieron recuerdos y más recuerdos, que iban cobrando vida, ofreciendo una imagen de su persona, de sus luchas y de sus éxitos. Heinz Tietjen, normalmente tan serio y callado, cogió vida, se hizo accesible y algunas veces su rostro se iluminó al pensar en momentos pasados que con la distancia de los años aparecían memorables.

Cuando le pregunté por sus orígenes, contestó: “Sangre frisia y anglosajona. Seguro una mezcla que no produce un estallido de rebosante temperamento. Mi padre nació en Bremen, la madre procedía de una familia anglo-escocesa, su padre, el Oficial Campbell, era Gobernador en Gibraltar, allí se conocieron y los primeros años de su joven matrimonio los vivieron en Tánger. Y allí, en la región neutral marroquí, vine al mundo ... en el edificio de la Legación Alemana

ya que mi padre era el Encargado de Negocios del Gobierno Alemán. Desde el Instituto se había dirigido directamente al extranjero siguiendo la carrera de diplomático, perteneció a la legación Alemana en Caracas y Venezuela, hasta que Bismarck lo situó en Tánger.

Seguro que mi bautizo se realizó bajo curiosas circunstancias ya que mi padre retrasó mucho la ceremonia, hasta que le fue posible encontrar en Tánger los padrinos adecuados. Cuando un buque alemán trajo al Duque Friedrich zu Mecklenburg, reconocido pionero colonial y cuando más tarde llegó, justamente en viaje de novios, el importante industrial de Essen, Friedrich Alfred Krupp mi padre les pidió a los dos que fuesen mis padrinos, cosa que los dos aceptaron gustosos.

La pregunta de si existe una predisposición hereditaria desde el punto de vista artístico, puedo contestarla afirmativamente. Mi padre profesaba una auténtica pasión por el teatro, cultivaba la poesía, sobre todo la lírica y escuchaba música con mucho placer. Lortzing, el Maestro de la ópera cómica, era su compositor preferido. La madre tocaba exquisitamente el piano, un don que había heredado de mi abuela. Justo cuando cumplí tres años murió mi padre, y entonces mi madre se trasladó a Constantinopla donde vivía su hermana. Ante su manifiesta musicalidad no es extraño que ya a los seis años asistiese yo a clases de música, y ella misma me inició en el piano. De la instrucción general se encargó un profesor particular. Entonces fue cuando un amigo de mi padre, un comerciante que vivía en Bremen, y que era mi tutor, requirió que me trasladase a Alemania para tener una educación alemana. Esto era realmente necesario ya que hasta el momento no hablaba ni una palabra en alemán. Parece extraño si digo que de las siete lenguas que hablo, la alemana fue la última que aprendí ... ¡a la edad de diez años!

Así me incorporé a la Escuela Superior de Wiesbaden, además asistí al Conservatorio para continuar mi educación musical. Sobre todo había un instrumento al que, además del piano, dedicaba mi máxima atención: el órgano. Más tarde continuó mi atracción hacia él y en las vacaciones veraniegas de Turingia no había mayor alegría para mí que poder sentarme ante el órgano en alguna vieja iglesia del lugar. Entre ellos había algunos instrumentos que conservaban todavía los viejos mecanismos lo cual hacía

bastante difícil su manejo ya que debían tocarse las teclas con el puño o intentar bajarlas con el codo. En la Escuela había también una orquesta, formada por alumnos, que me ofreció la primera posibilidad de dirigir y para la que a menudo copiaba partituras y hacía transcripciones. A pesar que con todo esto era previsible un porvenir artístico nadie pensó en ello, se había decidido que siguiese la carrera diplomática.

Para emprender esta carrera era imprescindible estar en contacto con los medios comerciales y lo más adecuado para ello era mantener contactos con el extranjero. Así, al terminar la escuela me dirigí a Bremen a una importante casa comercial donde hice prácticas durante tres años. Intervine en la caja, copié cartas, llevé la correspondencia local y extranjera, y finalmente fui apoderado en Bolsa , en resumen recorrí toda la escala que se debe recorrer para una correcta escolarización. A pesar de todo no abandoné la música, al contrario, había un grupo de amigos con los que tenía ocasión de hacer música. También una vez di un concierto público benéfico con motivo de un grave accidente en una mina de Westfalia. La orquesta estaba formada por miembros de la orquesta del Stadttheater de Bremen y por ciudadanos con alta práctica musical.

Al terminar mis estudios me marché al extranjero ... a los Trópicos, para reunir allí experiencias que eran valiosas para el ejercicio de la diplomacia. El clima, cálido y húmedo no es muy soportable para una larga estancia, de todos modos resistí cerca de un año y medio y habría permanecido más aun si no me hubiese atacado una enfermedad de los ojos llamada la enfermedad egipcia . Esto hizo que regresase a Alemania, y fue impensable otro trabajo en las colonias ya que con la enfermedad había perdido la inmunidad del Trópico. Esta circunstancia trajo un drástico cambio en mi vida: decidí ser músico.

Así emprendí el estudio profesional de la música y fui alumno de Arthur Nikisch. Él fue quien me aconsejó que siguiese el camino de director de orquesta. Del más genial director de su época aprendí que sólo se puede conseguir algo en arte si se le sirve con completa entrega, trabajando como un endemoniado. Él no pertenecía a los que creen que se ha de alcanzar la fama rápidamente al precio que sea; su punto de vista era el opuesto: “Dirígete primero a las provincias, y allí mete la pata, después podrás llegar a ser algo.” Seguí su

consejo, me puse en marcha y sufrí mis primeras derrotas. Pero aprendí que los percances son necesarios para apreciar correctamente el valor de los éxitos. Empecé desde lo más bajo, lo reconozco con absoluta franqueza ... es la mejor escuela. La primera estación fue Posen. Pero no en el Teatro de la Ópera sino en el Teatro Apolo donde un conjunto de operetas daba sus actuaciones de verano. Tampoco el siguiente puesto fue mucho más importante, me dirigí a la isla del mar del Norte, Borkum, también representaciones de opereta ... por descontado en un salón. Todavía recuerdo claramente aquellas épocas en las que antes de la representación, sentado en un café, vendía entradas y acto seguido pasaba a ocupar mi puesto en el podio. Por las noches nos poníamos en marcha para pegar anuncios en casas, vallas y columnas anunciadoras. También estuve un corto tiempo en Danzig, con opereta.

En 1904 fui contratado como segundo director, y director de coro en el Stadttheater de Trier. En el primer año de mi estancia allí la casualidad hizo que apareciese en escena como interprete ... bien, no en una representación operística, sino en una comedia titulada: "El Pasajero Ciego". El día de la premiere, el que hacía este papel, camino del teatro, poco antes de la representación, cayó de la bicicleta y se rompió un pie. Ante tal cosa se creó una gran confusión ya que con las prisas nadie había pensado en un sustituto. Hasta hoy mismo no se porque acudieron a mi ya que estaba muy claro que no había dado ni la más pequeña muestra de una capacidad interpretativa. En todo caso cayeron sobre mi para interpretar el papel ya que en aquel momento me encontraba en el Teatro y era la única solución para salvar la representación. Mi advertencia que no sabía en absoluto lo que tenía que decir no surtió efecto, solo me dijeron que el pasajero, que hasta el momento se había hecho pasar por ciego, se encontraba absolutamente mareado y debía aparecer sobre la cubierta del balanceante barco – esto era la gran sensación de la obra – y tartamudeaba unas palabras dando bandazos de un pasajero a otro. Nunca he tenido claro como logré salir del complicado asunto ni de lo que dije ... lo evidente es que la representación terminó sin problemas. Esta ha sido mi primera y última actuación en un escenario.

Un año más tarde pasé a primer director, y cada vez me introduje más en la ópera. Entonces era habitual que los grandes Teatros terminasen la temporada el Domingo de Ramos y que volviese a empezar en Otoño, normalmente en Septiembre. Durante este tiempo de vacaciones, por motivos económicos, el conjunto viajaba invitado por diferentes Teatros, a eso se le llamaba “Ópera Mensual”. Justamente me encontraba con la Ópera de Trier en Wilhelmshaven cuando recibí un telegrama del Alcalde ofreciéndome la Dirección del Teatro por haber muerto hacía poco su Director. Me encontraba ante una encrucijada: ¿debía abandonar la trayectoria de director de orquesta, empezada con grandes esperanzas, - ya tenía en el bolsillo un contrato para el Hoftheater de Kassel - y convertirme en Intendente o debía renunciar a la de por si seductora propuesta de ser Director de una gran escena? Finalmente me decidí por la propuesta. Así empezó – en el año 1907 – la nueva etapa de mi vida.

Permanecí diez años en Trier, hasta que me encomendaron la dirección del Stadttheater de Saarbrücken. Desde luego no era un trabajo fácil ya que en los años 1918 a 1923 se cernieron sobre Alemania unos tiempos difíciles. Los problemas políticos y económicos se acumularon, encontrando su punto álgido en la desmoralizadora inflación. Todavía sentí más las catastróficas consecuencias de la devaluación del dinero en mi próxima estancia en Breslau. Allí sufrí también una huelga general de músicos que amenazó con paralizar el Teatro. Pero tomamos la decisión de no capitular sin más, y con los correpetidores, directores y músicos aficionados de la ciudad formamos una orquesta para solucionar el caso y con ella hicimos posibles las representaciones durante seis semanas. Así, abrimos paso al Teatro a través de la crisis económica, de la inflación y también superamos los problemas provocados por la huelga.

En 1925 empezó mi actuación como Intendente de la Ópera en Charlottenburg, en 1927 me encomendaron conjuntamente la Dirección de la Staatsoper de Berlín, hasta que terminó la unificación del personal, y en 1930 fui nombrado Intendente General de los Teatros Estatales Prusianos. Después de la muerte de Siegfried Wagner, la Sra Winifred Wagner me confió la Dirección Artística de los Festivales de Bayreuth. Y fue en Bayreuth donde tuve nuevamente la ocasión de volver a empuñar la batuta.

Por lo demás, el “Lohengrin” de Wagner – así cerró el Intendente General Tietjen la conversación – “ha jugado en mi vida un papel singular. Esta obra fue la primera que escuché junto a mi madre en el Teatro de Wiesbaden. La primera representación operística que dirigí en el Teatro de Trier fue “Lohengrin”. La primera ópera que dirigí escénicamente fue asimismo “Lohengrin”. La primera ópera que dirigí en el extranjero, en Ámsterdam, se llamaba “Lohengrin”. La representación operística que a Siegfried Wagner le decidió a escogerme para mi actuación en Bayreuth – la Sra. Wagner me lo contó más tarde - fue cuando vio mi “Lohengrin” en Charlottenburg . Y este “Lohengrin” fue también mi primer trabajo artístico junto a Furtwängler. Así, gracias a “Lohengrin” llegué a Bayreuth, donde lo dirigí musicalmente y escénicamente. Casualidad ... o voluntad del destino ... ¿quién puede saberlo?.

(Traducido del libro “Hablan los artistas”. Wilhelm Limpert Verlag. Berlin. Traducción del alemán Rosa María Safont)